hay de más grande, de más noble, de más intelectual y de más divino en el corazón.

Venturosamente, más arriba del hombre está la humanidad. Sobre los sentimientos mezquinos que se apagan como se apagan las pasiones y la cólera, está serena la humanidad que oye el destemplado vocerío de algunos insensatos, sonríe y sigue adelante.

Tal pasó respecto de la devoción á que aludimos. Correspondiendo á las necesidades más profundas del alma humana y aplicándose suave y eficazmente á las más dolorosas llagas de la época, la devoción al Corazón de Jesús comenzó su marcha triunfal desde el día siguiente á la muerte de la Bienaventurada. Las Visitaciones dieron la señal: ya Paray, Dijón Moulins y Semur, habían enarbolado el estandarte del Corazón de Jesús, y en los años siguientes vinieron á agruparse á competencia, alrededor de él, todos los demás monasterios. En 1690, Marsella, Montbrison y Nantes; en 1691, Autun, el primero de Lyón, Friburgo y el segundo de Rennes; en 1692, Besançon, Blois y Loudun; en 1693, Aix, Burdeos, Bourges, Forcalquier, Langres, el segundo de Lyón, Nevers, Valencia y Tolosa; en 1694, Dieppe, Thonón, el segundo de Marsella y Salins; en 1695, Chaillot, Perigueux, Pont-à-Mousson, Montargis y Blois; en 1696, Nancy, Aurillac, Romans y Nápoles; en 1697, el primero de Rouen, Rumilly, Arona, Caen y Coudrieux; en 1698, el segundo de París, Orleans, Mamers y Vannes; en 1699, Montferrand; en 1700, Troyes, Metz, San Esteban, y poco después Amiens, Auxerre, etc. Apenas terminado el siglo, es decir, á los diez años de muerta la Bienaventurada, todas las Visitaciones se levantaron, unas en pos de otras, para consagrarse al Corazón de

Jesús. Seríamos interminables si quisiésemos registrar todos los hechos encantadores, graciosos y sublimes, todos los episodios bellísimos que señalaron esta marcha triunfal del culto del amor de Jesús á través de las Visitaciones. Cada una de ellas adquirió, mediante ese culto, la fuerza necesaria para permanecer ferviente en medio de las bajezas del siglo XVIII, y conservarse tierna y amante en presencia de los fríos sofismas del jansenismo. Este fuego sagrado que la Visitación mantiene tan solícita, por tristes que sean los tiempos, lo ha hecho salir de las rejas. Cada comunidad es el centro de una cofradía del Sagrado Corazón, en la que se inscribían todos los vecinos de la comarca: en 1693, ocho años después del fallecimiento de la Santa, la cofradía de Dijón contaba doce ó trece mil asociados, no solamente en Borgoña, en Francia, sino también en España, en Inglaterra y en Alemania.

Tan grande movimiento no sería posible si los Obispos de Francia, superiores natos de las Visitaciones, no lo hubiesen aprobado. Así fué, en efecto, y se les veía por dondequiera bendiciendo las capillas, erigiendo las cofradías y presidiendo ellos mismos las primeras fiestas, tan íntimas, tan recogidas y tan dulces del Corazón de Jesús en el interior de los monasterios.

Muy en breve también le abrieron sus catedrales. En 1688, Carlos de Brienne, Oibspo de Coutances, estableció en su diócesis la festividad del Sagrado Corazón de Jesús. En 1694, Antonio Pedro de Grammont, Arzobispo de Besançon, ordenó que se celebrara en su metrópoli. En 1719, Francisco de Villeroy, Arzobispo de Lyón, publicó un admirable edicto en favor del culto del Sagrado Corazón, que estableció también en todos

los templos de su diócesis. "Cosa notable: el Obispo de Autun, solicitado por cinco monasterios á la vez, no concedió el permiso de celebrar esta festividad, con Misa y oficio propios, sino hasta el año de 1713, cumpliéndose así contra toda verosimilitud la palabra de la Bienaventurada, que había anunciado que la fiesta del Sagrado Corazón se establecería en toda la Francia antes de ser autorizada en la diócesis misma en que nació esta devoción [1]."

Así, pues, en veinte años la devoción del Corazón de Jesús se había extendido por toda la Francia. Sin embargo, esta marcha triunfal era todavía lenta y tímida, hasta que de súbito, en 1720, treinta años después de la muerte de la Bienaventurada, un hecho extraordinario vino á precipitarla.

La peste llegada de Oriente había caído terrible sobre Marsella, haciendo en poco tiempo 40.000 víctimas. Silencio de muerte reinaba en las calles y en las plazas públicas, cubiertas de cadáveres. En vano se había acudido á la oración y á la penitencia, porque nada bastaba para desarmar la cólera divina, cuando el santo Obispo de Marsella, Mons. de Belsunce, recibió una inspiración celeste, por medio de una religiosa de la Visitación, la madre Ana Magdalena Rémusat, que no cesaba de exhortarle á poner toda su esperanza en el Corazón adorable de Jesús. Un día, pues, el 2 de Noviembre de 1720, salió de palacio, cual otro San Carlos Borromeo, acompañado de todos los religiosos, de todos los sacerdotes, de todas las almas santas, todos descalzos, la soga al cuello y la cruz á cuestas, y cuando llegó á la plaza mayor de Marsella se postró en tierra. Allí, en medio de un silencio interrumpido por los sollozos y gemidos de los penitentes, puso solemnemente su diócesis bajo el amparo del Corazón de Jesús. Desde ese momento la peste cesó como por encanto, y no volvió ya á darse un solo caso de muerte en Marsella.

1 Daniel, *Historia de la Bienaventurada*, pág. 430.

Pero como el Ayuntamiento no hubiese querido asociarse á aquella demostración, dos años después la peste reapareció. Entonces, arrepentidos de su falta, los regidores hicieron voto de ir cada año, el día de la fiesta del Sagrado Corazón, á comulgar á la iglesia de la Visitación, ofrecer allí un cirio adornado con el escudo de armas de la ciudad y asistir el mismo día á una procesión pública. Inmediatamente—así consta en el acta verbal firmada por todos los magistrados—la peste cesó con la misma rapidez que antes. De esta época data en la ciudad de Marsella esa devoción al Corazón de Jesús, que fué tan fecunda durante la revolución y que en nuestros días se ha ostentado con tanto brillo.

Tales sucesos produjeron en la Provenza, tan cristiana siempre, un grande entusiasmo. Siguiendo el ejemplo del Ilmo. Sr. D. Enrique de Belsunce, los Arzobispos de Aix, de Arlés, de Aviñón, y los Obispos de Tolón y de Carpentras se apresuraron á establecer aquella festividad. Todo el Mediodía proclamó en el acto la devoción al Sagrado Corazón.

Poco después, y en circunstancias tan favorables, apareció por fin la *Vida*, tan largo tiempo esperada, de la dichosa Margarita María. Su autor era Mons. Languet, en otro tiempo Vicario general de Autun y Superior de la Visitación de Paray, entonces Obispo de Sois-

sons y después Arzobispo de Sens [1]. Ninguno mejor que él podía conocer á la Bienaventurada, puesto que había estado en relaciones diarias con sus contemporáneos y sus discípulas. Desgraciadamente le había alcanzado en parte la aridez del siglo XVIII, y además los violentos ataques de los racionalistas y los impíos encadenaban su piedad. En vez de narrar, discutió, y trataba de explicar lo que tan sólo debía contemplarse. Ni el siglo XVIII era capaz de comprender semejante figura, ni el autor era hábil para pintarla; y su obra fría, incompleta, á veces tímida é indiscreta, aumentó la tempestad en lugar de conjurarla.

Los que no hayan tenido ocasión de hojear los escritos del siglo XVIII, los libelos, los periódicos y las poesías ligeras, no pueden formarse idea del desprecio, de la burla y de la cólera que se desataron contra la Bienaventurada y contra el Sagrado Corazón. He tenido á la vista una colección manuscrita que contiene versos de Pirrón, villancicos de la Monnaye, cartas del presidente Bonhier y sonetos de todos los *literatos* de la Borgoña. No es tan fácil imaginarse todo lo que hay en esas bajas producciones de necias chanzas relativas al apellido de Alacoque, de la Bienaventurada, de infames y estúpidos equívocos sobre la devoción al Corazón sagrado, y de necios sarcasmos contra Mons. Languet. Estilo semejante usaban los folletos jansenistas. Quien lea las *Noticias eclesiásticas,* órgano principal de la

1 *Vida de la Venerable Madre Margarita María, religiosa de la Visitación de Santa María, del monasterio de Paray le-Monial en Charolais, muerta en olor de santidad en 1690,* por Mons. Juan José Languet, Obispo de Soissons, de la Academia francesa.—París: imprenta de la viuda de Mezières y Juan Bautista Garnier, 1729, 1 volumen en 4.°

secta, se asombrará de las injurias groseras vomitadas día por día contra el Corazón de Jesús y su humilde apóstol. La Academia francesa dió forma á esos ataques innobles, diciendo en son de mofa y de desprecio, que para decidirse á escribir la vida de una mujer tan ridícula, preciso era que "Mons. el Arzobispo hubiera vuelto á la niñez".

Mientras que el *talento* redoblaba su ataque contra la devoción del Sagrado Corazón, ésta continuaba adelante, avivando cóleras y entusiasmos, hiriendo y cautivando á la vez el corazón del hombre. Traspasaba ya las fronteras de Francia y se extendía por todas las costas del Mediterráneo. En 1733 se estableció en Constantinopla; en 1740, en Alepo, en Damasco y en el Líbano. La *Vida* de la Bienaventurada, traducida al árabe é impresa en Antoza, ciudad del Anti-Líbano, la extendió en las vastas llanuras de la Cœle-Siria, desde el grande Nermón hasta Balber. En 1709 se establecieron dos cofradías del Sagrado Corazón, una en Macao y la otra en Pekin, y en 1743 se instaló una dentro del palacio mismo del emperador de China.

A pesar de todo, Roma vacilaba aún en sancionar la nueva devoción. En vano Federico Augusto, rey de Polonia, había dirigido en 1726 una de las más fervientes súplicas al Papa Benedicto XIII; en vano en 1728 los Obispos de Francia solicitaron del Padre Santo que colocase la fiesta del Sagrado Corazón entre las solemnidades públicas; en vano el rey de España, Felipe V, y poco después los Obispos de Polonia, elevaron una solicitud semejante; Roma no se decidía, y la Congregación de Ritos dió un decreto en 30 de Julio de 1729, en el que, de acuerdo con las conclusiones del que más tarde sería

Benedicto XIV, negaba absolutamente la autorización que se pedía. Los jansenistas batieron palmas; y, sin embargo, no había motivo para sorprenderse de las vacilaciones de la Santa Sede. Se trataba de una devoción privada, que aún no se había examinado canónicamente; de una religiosa muerta, es cierto, en olor de santidad, pero cuyo proceso de canonización, iniciado en 1715, permanecía aún bajo el secreto; de una devoción, por último, que afectaba los más profundos misterios del cristianismo, pero de la cual sus primeros historiadores no habían hablado con toda exactitud. Por otra parte, esta devoción se relacionaba tan íntimamente con la cuestión fisiológica de las funciones del corazón en el organismo humano, que, al decir de los jansenistas, no podía resolverse la una sin herir la otra. Era, pues, preciso meditar con toda cordura y madurez antes de dar una solución definitiva. Por lo mismo, en lugar de reprochar la conducta de la Sede Apostólica, conviene admirar su prudencia.

De 1729 á 1765, es decir, treinta y seis años, se dejó madurar la cuestión en el espíritu de los teólogos, en la discusión de las escuelas, en el corazón de los cristianos, en las intuiciones de los santos; hasta que por fin, después que el piadoso y devoto P. de Gallifet había publicado su famosa obra, que sometió á la Congregación del *Indice* y fué aprobada [1]; después que San Alfonso María de Ligorio puso en esta discusión el peso de su ciencia teológica y de su santidad [1], apareció el personaje escogido por la Providencia para inaugurar solemnemente en toda la Iglesia el culto del Sagrado Corazón.

Exaltado al solio Pontificio el ilustre Clemente XIII, se avocó desde luego la cuestión, movido de las solicitaciones incesantes de los Obispos, principalmente de los de Polonia, y deseando poner un dique á las arterías más y más ardientes de los jansenistas, y la resolvió con aplauso de la Iglesia universal. Un decreto expedido en 1765 otorgó á los Obispos de Polonia y á la Archicofradía romana el permiso de celebrar con Misa y oficio propios la fiesta del Corazón de Jesús, dejando en libertad á los demás Obispos de la cristiandad para solicitar que se extendiese ese permiso á sus respectivas diócesis. Apenas fué conocido aquel decreto, cuando la Asamblea del clero, reunida en París, se apresuró á suscribirlo, á instancias de la piadosa reina María Leczinska, y resolvió que el culto del Corazón de Jesús se estableciese en todas las diócesis de Francia. Dios reunía á la vez el corazón de Polonia y el de Francia y los hacía trabajar juntos, la víspera de sus inmensas desdichas, en la propagación del culto al Sagrado Corazón. Debemos creer que este Corazón, el más fiel de todos, recompensará un día lo que entonces recibió.

1 *De Cultu Sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri JesuChristi, in Variis Christiani orbis Provinciis jam propagato.* Aucthore R. P. Josepho de Gallifet, Societatis Jesu sacerdote. Romae, apud Joannem-Mariam Salvioni, 1726. Superiorum permissu, in 4.º—Además del *imprimatur* del Maestro del Sacro Palacio, se leen al frente del volumen las aprobaciones del P. Miguel Angel Tamburini, general de la Compañía de Jesús; del P. Bernardino Membrive, de la Orden de Santo Domingo, predicador de S. M. Católica, calificador de la inquisición, etc.; del Padre Marius Maccabei, procurador general de la Orden de los Barnabitas, consultor de las Congregaciones del Indice y de Ritos, y calificador del Santo Oficio.

1 *Novena del Cuore di Gesu*, 1758. En el prefacio, San Alfonso, aludiendo á la decisión de la Congregación de Ritos en 1729, dice que la causa no ha concluido, y expone los motivos que le llenan de esperanza.

He aquí á dónde se había llegado en 1765. Menos de un siglo después de la muerte de la Bienaventurada, se realizaba la primera parte de su misión. La devoción al Corazón de Jesús quedaba establecida oficialmente en la Iglesia. Si la fiesta solemne que Nuestro Señor quería se estableciese el viernes siguiente á la Octava del Corpus no era todavía obligatoria, al menos había sido ya autorizada por los Soberanos Pontífices; lo demás era simple cuestión de tiempo.

En cuanto á la segunda parte de la misión de Margarita María, relativa á la Francia y al rey, caminaba todavía despacio. Luis XIV, cegado por sus pasiones sensuales y por su orgullo, había muerto sin sospechar siquiera que sus errores y sus desórdenes iban conduciendo á Francia á un espantoso abismo. Su sucesor Luis XV vió el peligro, porque cada día se aproximaba más y más, pero no hizo aprecio de él; con tal de que la monarquía durase hasta la muerte del rey, lo demás nada importaba á ese voluptuoso egoísta. Con más razón ni uno ni otro monarca pensaban en el remedio sobrenatural que Dios había hecho conocer á la Bienaventurada. Hasta puede dudarse, al ver la indiferencia de ambos, si esta segunda revelación llegó á su noticia.

Sin embargo, reflexionando más atentamente, se convence uno de que la misión confiada por Margarita María á la madre de Saumaise había tenido su cumplimiento, y que Luis XIV supo con toda exactitud lo que Dios quería de él. En efecto, por triste que sea esta corte de Versalles, está llena del Sagrado Corazón. El es quien consuela allí á las reinas afligidas, á las esposas abandonadas y á las almas presas de funestos pre-

sentimientos. Aún se cree percibir, en las que de más cerca tocan á Luis XIV y á Luis XV, ciertos delicados esfuerzos para suplir ellas lo que dichos monarcas debieron hacer y lo hicieron. Si, por ejemplo, el segundo monasterio de París emprendió en 1698 construir, según el diseño de Mansart, una suntuosa capilla al Corazón de Jesús, fué la reina de Inglaterra la que colocó la primera piedra y la que se hizo inscribir, antes que otros, en los registros de la cofradía [1].

Poco después, el tercer monasterio de París, el de Chaillot, se decide á establecer desagravios solemnes el primer viernes de cada mes. Frecuentemente se notaba entre los fieles á la señora duquesa de Orleans, de rodillas, confundida entre la multitud, tratando de ocultarse, y más aún, de velar sus lágrimas y las dolorosas ansiedades de su corazón [2]. En la misma época, todas las personas de la corte acudían á la hermana María Eleonora, princesa de Lorena, humilde y pobre religiosa de la Visitación de París, que había recibido el velo de manos de la reina María Teresa, esposa de Luis XIV, para suplicarle que las inscribiese en los registros de la cofradía del Sagrado Corazón [3]. En la corte misma de Luis XV creció también esta devoción. Al lado de los salones en que dominaban las Pompadour y las Du Barry, había humildes oratorios en que se refugiaba, llena de lágrimas, la más admirable familia real, la piadosa reina María Leczinska, sus cuatro hijas, una de ellas Mad. Luisa de Francia, el Delfín, que fué padre

1 *Circular* del segundo monasterio de París, de 25 de Mayo de 1698 *Año Santo*, tomo III, pág. 136.
2 *Circular* del monasterio de Chaillot, 26 de Noviembre de 1739.
3 *Circular* del segundo monasterio de París, 25 de Mayo de 1678.

de Luis XVI y su joven y santa esposa. Jamás se vieron juntas bajo el mismo techo tantas infamias y tan angélicas virtudes. Era de tal manera viva la devoción de la familia real al Sagrado Corazón de Jesús y se manifestaba de modo tan expresivo, que es imposible creer que no se conociese en la corte la revelación de la Bienaventurada relativa al rey y á Francia. Fué la reina, la benemérita esposa de Luis XV, María Leczinska, la que solicitó y obtuvo de los Obispos de Francia, reunidos en París el año de 1765, que se estableciese el culto público del Sagrado Corazón, "según sus ardientes deseos„, en todas las diócesis del reino [1]. Ella y sus hijas no tenían otro consuelo, en medio de inefables dolores íntimos y de terribles aprensiones por los males públicos, más que el culto del Corazón de Jesús. El Delfín fué todavía más lejos; hizo construir en el palacio de Versalles, para refugio de toda la familia, una capilla en honra del Corazón divino [2]. De allí salió un día, hermosa y pura, para encerrarse en las Carmelitas, madama Luisa de Francia, que la Iglesia ha declarado *venerable,* y que más tarde colocará en el catálogo de los santos. Si el sacrificio de una paloma inmaculada hubiera sido proporcionado á nuestros crímenes, la Francia se habría salvado; mas Dios había dispuesto en sus adorables decretos que no bastara ni la inmolación misma del rey, y que la Francia no se salvase sino por medio del Sagrado Corazón.

Apenas subió al trono Luis XVI, hijo del que había hecho edificar un oratorio en el palacio de Versalles dedicado al Corazón de Jesús, cuando estalló la tempes-

1 *Proceso verbal* del clero, tomo VIII, pág. 1440.
2 Vida del Delfín, padre de Luis XVI.

tad que iba á ser espantosa, y que el poder humano no sería capaz de conjurar. Entonces fué cuando el infortunado Luis XVI se decidió, muy tarde por cierto, á practicar lo que oportunamente hubiera acaso servido para conjurar el peligro. Derribado del trono, encerrado en una prisión, agobiado, no tanto por sus desdichas, pues tenía alma demasiado grande para sobreponerse á ellas, cuanto por las de Francia, y careciendo de todo auxilio humano, se acordó de la Bienaventurada Margarita María, del secreto que había sido confiado á su abuelo, y se decidió á dar cumplimiento á la consagración de la Francia al Corazón de Jesús, que Dios había pedido á sus padres y que éstos no ejecutaron. Con el corazón y con la mano que muy poco después escribiría esas páginas sublimes que se llaman el testamento de Luis XVI, redactó él mismo la consagración de su persona y de su reino al Corazón de Jesús.

Véase aquí esa consagración, en la que se encuentran los mismos términos de nuestra Bienaventurada, las cosas precisas que Dios le había pedido, y que, llegándonos á través de las lágrimas y de las angustias de la prisión de Luis XVI, tiene algo de solemne y de trágico, como esos últimos gritos de un náufrago que intenta y no puede ya salvar á los que ama:

"¡Oh Dios y Señor mío!„ Vos miráis las heridas que destrozan mi corazón y la profundidad del abismo en que ha caído. Innumerables males me rodean por dondequiera. A los que me agobian personalmente y á los que sufre mi familia, que son espantosos, se agregan, para poner el colmo á mis desdichas, los que cubren la faz del reino. Hasta mis oídos llegan los clamores de las víctimas y los gritos de la religión oprimida, y una